

mujer, sería joven ó viejo? Quizá sería un niño, quizá un sacerdote, quizá una dama encerrada por celos; pero nada era posible averiguar en aquel horrible *in pace* en que vivíamos.

Una noche regresaron los bandidos muy menguados en número y con varios heridos que no vi, pero que no tardé en saber habían muerto.

— ¡Probe Matías! (así se llamaba el horrible bandido que me había llevado al encierro); ¡probe Matías! mañana le sepultan... Encomiéndele á Dios... Del balazo que le dieron le clarearon y apenas alcanzó los santos óleos.

Así pasaron muchos días; ignoraba el éxito de las gestiones que se habían hecho para cobrar mi rescate, y cada día abrigaba menos esperanzas de salir libre ó escaparme. Pero lo que me preocupaba más era el horrible, el espantoso grito, que en mil formas, tonos y acentos de dolor, de locura, de pena, de resignación, se reproducía en diferentes lugares de aquella maldita casa.

Un día no pude resistir más, y aprovechando la ausencia de los ladrones, que habían salido de aventura, interrogué al viejo Faustino.

— ¡Por Dios, por el Señor del Buen Despacho, por mi Señor de Chalma, por mi Madre Santísima de Guadalupe y por lo que más quiera, niña de mi alma, que no me pregunte esas cosas!... Ni le puedo decir

eso ni le conviene saberlo; ¡quién sabe si le pare en perjuicio!

— No me importa; quiero conocer el misterio de esta casa.

— ¿Y para qué, niña? No juera á ser que después de haberle caído en gracia á don Lanuza, se enojara con usted y la mandara á hacerles compañía á esos probes.

— De manera... que hay muchos... *plagiados*.

— Ni le digo que sí, ni le digo que no; no más le ruego que no se meta en averiguarlo, que nada bueno le ha de resultar.

A pesar de la recomendación de Faustino, seguí hurgando, investigando, buscando, decidida á todo, pues me asediaban aquellas voces lamentosas, aquella obscuridad y aquel misterio. No había hora ni momento que no los pasara tanteando aberturas, buscando en las paredes, asomándome á los pozos, creyendo ver en las ramas que tapiaban un rincón, en las losas flojas ó mal colocadas que veía al paso, en los troncos de los árboles, en todo, en fin, la puerta que abría paso á la cueva en que gemían los desgraciados víctimas del odio ó de la codicia de mis aprehensores.

Un día me sorprendió el capitán echando chinitas al fondo de una barranca que rodeaba la casa.

— Vaya, me dijo, que tenían razón los compañeros en sostenerme que hacía mal en dejarla á usted gozar de

esta libertad; pero yo me tengo la culpa por ser compasivo alguna vez. De hoy en adelante, me acompaña usted á todas partes.

Y en efecto, desde aquel día tuve que acompañar al ladrón y que hacer vida ladronesca, como Gil Blas ó como Periquillo. ¡A cuántos encuentros concurrí, cuántos asaltos presencié, cuántas veces estuve á punto de que me cogieran ó de que me mataran los desesperados que se defendían ó nos atacaban! No me exijáis que os relate cuanto sufrí entre los ladrones: me corre prisa de acabar la parte de mis Memorias que ambiciosamente podría llamar política; más tarde (os lo prometo con toda formalidad) veréis de estampa las cosas que miré y noté en aquella época excepcional de mi excepcionalísima existencia; pues desde que cogí la pluma en la mano siento tal comezón de escribir, que podéis creer que como no me falte el público, no ha de haber suceso un poco digno de saberse que no os refiera con todo cuidado aunque sin ningún primor.

Es, pues, el caso que una noche en mi cuarto y mientras fingía sacar agua del enorme aljibe que cercaba el patio, el viejo de los cabellos ralos y crespos se me acercó con pasitos táticos y me dijo al oído con voz casi imperceptible:

— Niña, malas noticias; vinieron ya las gentes que llevaron la carta á Morelia y de allá dijeron que no le



... entraron á mi cuarto el jefe y otro de los más espantosos bandidos...

pagaban más que á su mercé en propia mano... El jefe está enojao y dice que la ha de poner en la noria á ver si así se ablandan sus amigos... Se lo aviso pa que vea como escribe á esos señores ricachones; no sea que le den aquí una amolada... ¡Pero por Dios y por la madrecita que la parió que no se sepa que yo le dije la cosa! los dos nos iríamos á *frir jongos*.

Cualquiera puede figurarse el sobresalto con que pasaría la noche; apenas comenzaba á conciliar el sueño cuando entraron á mi cuarto el jefe y otro de los más espantosos bandidos:

— Levántese, doña, que tenemos que salir de partida... Usted no quiere creer que el pan empacha y el vino emborracha, gritó el capitanejo, que había perdido ya su cortesanía y sus buenos modos: de Morelia dicen que tienen orden de darle el dinero á usted misma; así será, pero eso no me lo cuentan á mí... Hoy la vamos á llevar cerca de Morelia; saldrá hasta Santa María un empleado de la casa para quien son las cartas, llevando el dinero. Así la dejaremos libre: si no, la traeremos para acá; al fin en el subterráneo no hace daño... Levántese luego, que no tarda en salir la luz, y bien puede ser que sea esta la última vez que la mire.

Dormía vestida de pies á cabeza, así es que no tuve que hacer muchos preparativos para levantarme y complacer al ladrón. Ya los caballos estaban ensillados, y en



FONDO EDITORIAL
VALVERDE Y TELLEZ

uno de color bayo, viejo y cansado, me subieron dos ladrones, pues yo no podía subir por tener las manos atadas á la espalda, suceso nuevo y que indicaba el giro que tomaban las cosas de la caverna en lo que se refería á mi persona.

La mañana era nebulosa y fría, de esas en que el panorama parece estar cubierto con rayadura de coco; los arroyos estaban helados; los chaparros del camino helados; los pinos que se contemplaban á grandes distancias, tenían ese característico conito blanco que les hace parecer una fila de inmensos sorbetes. Nos detuvimos un poco porque Faustino se empeñó en colgarme en los hombros el capote militar que formaba parte de mi uniforme de voluntario belga y constituía mi única prenda de abrigo.

— Vamos, que no se ha de derretir con el sol ni se ha de congelar con el frío... adelante, rugió de mal humor el jefe de los ladrones.

Pero el capote estaba ya en mis hombros y pude, arrebujiándome con él, rehacerme un poco.

El camino se componía de quiebras y barrancos; ora se subía hasta las nubes, ora se descendía hasta los abismos, y yo, que aunque era gran andarina á caballo no estaba acostumbrada á que me le llevaran del diestro ni menos á caminar con las manos atadas á la espalda, á cada rato estaba á punto de caerme. Felizmente, en uno

de tantos tumbos sentí que se relajaban mis ligaduras, que el viejo Faustino había hecho flojas de propósito ó sin contar con la pequeñez de mis manos. Poco era, mas significaba si no la posibilidad de evadirme, sí la de poder arrojarme á cualquier precipicio de los que veíamos al paso; pero no me decidí, porque desgraciadamente todas las barrancas me parecían lóbregas, todos los desfiladeros hondos y sentía inmenso horror al pensar que mi cuerpo se quedaría enredado entre las zarzas, chocaría contra las piedras, se haría pedazos en el fondo de algún torrente y quedaría con los ojos saltados, los huesos rotos y las entrañas de fuera...

No sé cuánto llevaríamos de camino cuando oímos un tiro que salió de entre los árboles. Se agruparon los ladrones que venían descuidados y distantes entre sí, y cuando se dieron cuenta de que se trataba de un ataque y de que la bala había hecho blanco hiriendo á uno de los bandidos, se aprestaron á defenderse y á vender sus indecentísimas vidas lo más caro posible.

— ¡Entrenle, negros; entrenle, templaos!... ¡Salgan á donde les veamos, que les tenemos ganas!

Y como si hubiera sido un mandato, vimos salir de entre la espesura á muchísimos jinetes de pantalón blanco, blusa roja, sombrero ancho y lanza con bandera tricolor. Nadie reparó en que el facineroso que traía la rienda de mi *cuaco*, la había echado al cuello del animal, ni me-

nos llegó á notar nadie que yo, sacando las manos de la liga y disimulándolas con el capote, enderezaba el penco á un claro del bosque. Empezaron los tiros, primero débiles y distantes, después más claros y más cercanos. Yo daba diente con diente al pensar que pudiera tocarme



uno de aquellos confitazos, y rogaba á todos los santos del cielo que me sacaran con bien de aquella desventurada aventura.

Repentinamente noté que se dirigían los ladrones hacia el claro del monte en que yo me encontraba.

— ¡No corran, que son pocos! gritaban para alentarse.

— Aquí hay pirata, compadres...

— Que se venga ese famoso jefe...

— ¡Que venga ese Nicolás, que aquí hay quién le apare!...

— ¡A los árboles!...

— ¡Detrás de las peñas!...

— ¡Pie á tierra!...

Quien dictaba estas disposiciones era el capitanejo, pero no tuvo tiempo de dictar otras, pues una bala vino y le rompió el cráneo, tirándole desde lo alto de su caballo. En ese instante se introdujo el desorden entre mis carceleros y comenzó á aflojar visiblemente la defensa. Yo, como si hubiera sentido que se deshacía el hechizo que me tenía sujeta á aquellos bandidos, consideré que necesitaba huir á toda prisa, y prendiéndole espuelas á mi bayo le solté la rienda para que siguiera el camino que le indicara su albedrío. Uno de los mañosos quiso cogermé, pero el caballejo, sacando fuerzas de flaqueza, echó á correr con más bríos que los que habría augurado su desmedrada catadura. Momento terrible aquél; oía silbar balas y más balas, sentía que la muerte me rodeaba por todas partes, como un vestido que se me pegara al cuerpo, y llena de terror cerré los ojos y me fié á la suerte. Habrían pasado no sé cuántos minutos, horas

ó días cuando oí que me recibían aclamaciones y vivas al salir del desmayo en que caí.

— ¡Es un extranjero! decía alguien.

— ¡Es de los belgas!

— ¡Pobre muchacho!

— ¡Viva el *Cachondo*!

— ¡Volvió á su pesebre!

Me dieron una copa de cognac, y más bien que por reponerme por meditar lo que había de decir, guardé silencio un rato esperando que me hablaran los que me rodeaban.

— Amigo, de buena escapó usted, me dijo un charro.

— No sacar ni un rasguño entre esa granizada de balas, es suerte aparte.

— Lo salvó el caballito, que como era del jefe, se vino á la querencia.

— Pero, mírale, si está como espantado el muchacho.

— Razón le sobra.

No tardaron los charros en alejarse á toda prisa, pues el grueso de la tropa venía bajando una colina que se divisaba desde allí. Al frente apareció un sujeto moreno, bajito, sin pelo en la cara, tocado con un sombrero de fieltro y con el aspecto más insignificante que pueda tener alma nacida.

— ¿Belga? dijo el tal que tenía cara de sacristán... ¿Pero dónde le agarrarían estos indecentes?... Ni uno ha

quedado para contarlo; los que no murieron desbarrancados cayeron al filo del machete... Creían que podían ponerse frente á la chinaca y se pegaron chasco... Y tú, amigo, me preguntó tocándome con el remate de su lanza, ¿quién eres? ¿de dónde vienes? ¿quién te trajo?

— Me llamo Michel Van Haens, dije fingiendo adrede el acento y recordando los papeles que traía en los bolsillos del traje que llevaba; soy de Audenarde, en Bélgica, de la cuarta compañía del Regimiento de la Emperatriz... Me aprehendieron en el asalto de una diligencia en un lugar que no sé cómo se llama, y tengo un mes de preso.

— Pues bien, Miguel, dijo el jefe, has caído en poder de la guerrilla del coronel Nicolás Romero... No tengas miedo, que aquí á nadie se maltrata... Ya verás lo que es la chinaca brava... No sé qué hacer contigo, pero por de pronto, que te den de comer...

— Gracias, mi coronel, dije con lágrimas en los ojos.

